

La razón del mestizaje

*¡Ah, dejadme volver al día muerto
y al secreto primero de mi antes!...
¡Dejadme regresar a los perdidos
mares y valles de mi antigua sangre!...*

*Sin eso no soy nada, pues de ahí vengo
para seguir, erguida, hacia adelante;
y si es verdad que en mí cambian los rostros
ahí me encuentro en dibujada imagen.*

Claudia Lars.

Para entender el fenómeno del mestizaje, debemos partir de una noción de *talidad*. La *talidad* es una organización peculiar de las estructuras orgánicas, psíquicas y sociales de la vida en un *filum* particular de seres, o en un ser particular de un particular *filum*. Esta organización es lo que hace que ese *filum* y ese ser sean “*tal*», y en cuanto *tal*, diferentes de los demás y —a pesar de la diferencia— semejantes a las demás.

El mestizaje es una fusión de *talidades*. Las diversas fuerzas filogenéticas que se juntan y se funden en el fenómeno del mestizaje, llegan a tal fusión portando, cada una, *talidades* diferentes. Al unirse en sus estructuras más últimas, esas *talidades* diversas dan como resultado una *talidad* nueva —el *mestizo*— profundamente semejante a las fuerzas filogenéticas conjugadas, pero sensiblemente diferente de ellas.

El mestizaje es, en su radicalidad más última, semejanza en la diferencia. Y esta fórmula opera, no solo en las notas formales e inmediatas de la

constitutividad del ser mestizo, sino también en las notas profundas, fundamentales y fundamentantes de su ser nuevo.

El mestizaje que se origina con motivo del descubrimiento y conquista de América es un fenómeno que trasciende el ámbito del fenotipo. Las corrientes filogenéticas que se mezclan, no sólo aportan su mera fisicidad, su mera organicidad. Aportan, también, sus profundas organizaciones psíquicas, es decir, sus inconscientes colectivos en los cuales subyacen particulares arquetipos. Por eso, el mestizo no sólo es un *pan nuevo* compuesto por *masas* físicas diferentes que le dan una textura orgánica determinada, sino también un pan cuya sustancia última es una amalgama de psiquismos colectivos con sus arquetipos pertinentes, es decir, con sus grandes modelos compendiadores de lo eterno.

La corriente migratoria que viene desde Europa hasta América, más precisamente desde España hasta América, está formada por hombres que, en

su presente inmediato o en su pasado remoto, pertenecen a tres corrientes filogenéticas muy precisas: la española, la judía y la musulmana. Las fuerzas filogenéticas que aquí reciben están formadas por hombres que, en su presente inmediato o en su pasado remoto, pertenecen a la gran familia americana con sus núcleos dominantes: mayas, aztecas e incas, y con su multiplicidad de núcleos adyacentes.

La fusión de estas fuerzas filogenéticas tan disímiles da como resultado, por una parte, la conformación de una nueva fisicidad de un cuerpo, el del mestizo, lugar eminente donde los dones y las taras se encuentran, se funden y empiezan a experimentar, evolutivamente, cambios cualitativos importantes, no sólo en la apariencia del fenotipo, sino en su constitutividad más esencial e interna. La sangre nueva del mestizo es sangre vieja americana, española, judía y musulmana, redimida y lanzada hacia adelante con sus genes iluminados u oscurecidos. Basta observar la organización física actual de hombres y mujeres mestizos —la talla del cuerpo, la estructura muscular, el color de la piel, las exquisiteces del rostro, la ampliación de su sistema inmunológico, etc.— para constatar que, en el mestizaje, ha habido un logro de la naturaleza, un avance de la evolución humana, un paso más hacia la construcción de una raza humana más universal y alta cuyo advenimiento final sólo será visible varios milenios adelante.

Pero, por otra parte, la fusión de las corrientes filogenéticas: americana, española, judía, musulmana, condujo a la conformación de una nueva organización del psiquismo en el mestizo, organización en cuya densidad más radical y última subyacen los contenidos arquetípicos de los inconscientes colectivos fusionados, contenidos que se van expresando en los sueños, en la poesía, en la liturgia, en la pintura y en las utopías —para sólo mencionar algunos ámbitos— con que a diario va viviendo y se va expresando el mestizaje.

Si detrás de su organismo el mestizo tiene los cromosomas de su pasado americano, español, judío o musulmán, detrás de su psiquismo tiene los contenidos inconscientes de sus antecesores americanos, españoles, judíos y musulmanes. Por eso, el pensamiento, la conducta y las diversas forma-

lizaciones del mestizaje resultan desconcertantes, alucinantes: son síntesis en una unidad nueva de una pluralidad antigua.

El dios de los mestizos, aparentemente claro, es una mezcla densa de los primigenios dioses precortesianos, del Yaveh de la tradición judía, del Cristo de la corriente cristiana, y del Alá de la tradición musulmana. Si la observación epidérmica de los ritos nos lleva a la constatación de tal unidad, a qué descubrimientos podría llegar una antropología cultural y una psicología social que intentara explicar nuestro inconsciente colectivo, desagregando los contenidos que lo conforman.

Si descendemos al nivel de las actitudes y conductas, los indicios son todavía más reveladores: ¿de dónde nos viene ese temperamento machista y celoso hasta límites demenciales? Con toda probabilidad: de la herecía musulmana. ¿De dónde la propensión a la solemnidad y al engolamiento? Probablemente de la herencia española. ¿De dónde la ostensible preferencia por los ritos, más esa sagacidad filosa en los negocios? Quizá de la herencia judía. ¿De dónde esa naturaleza sanguinaria y amorosa a la vez, demencialmente asesina y tiernamente solidaria? De la herencia americana, es lo más seguro. ¿De dónde el gusto por el ritmo y la cadencia negroides? De ese *filum* negro —poco estudiado y hasta rechazado— que también ha puesto lo suyo a la hora de construir el mestizaje.

La *talidad* del mestizaje es profunda y epidérmicamente múltiple, variada y contradictoria. En ello radica su gloria actual y su potencia proyectada hacia el futuro. La *talidad* del mestizaje es el lugar de encuentro, fusión y superación —en nuevos modos y en nuevos contenidos— de sangres y psiquismos diversos. La *talidad* mestiza es un hombre nuevo, una raza nueva, una cultura nueva tendidos hacia el futuro.

Si el descubrimiento y la conquista de América quieren verse como un mal, debe agregarse que fue un *mal inevitable*, porque, dado el desarrollo de la cartografía, las matemáticas y la navegación en la Europa de aquel entonces, el encuentro de la otra tierra iba a darse inexorablemente, fueran los españoles, los portugueses, los italianos, los franceses, o quienes quiera que fuesen, los que la iban



a encontrar.

Debe decirse, también, que fue un *mal no contingente*, porque sin el impulso de la corriente europea, la humanidad de América se habría quedado a la zaga, respecto de lo que ha de verse como un poderoso impulso evolutivo que tiende a la conformación de una humanidad más universal y alta, el margen de cualquier autarquía étnica o local. Toda interpenetración de *talidades* —que eso fue la colonia— duele; pero, por lo que la historia viene demostrando —superadas las valoraciones ideológicas inmediatas— esta interpenetración es el modo de fusión y de salto cualitativo con que diversos componentes de la especie humana se van integrando en dirección a una humanidad depurada y plena que, al parecer, es el ideal y el arquetipo de impulso evolutivo. Se deben cuestionar las formas de interpenetración humana de un momento preciso y debe estarse atento a que estas formas —sangre, fuego, hierro, humillación, pillaje— no vuelvan a repetirse en otros procesos de interpenetración; pero no se puede perder de vista el hecho de que la evolución —proceso impersonal— transita hacia la unidad, hacia la síntesis de lo plural que será el apareamiento del hom-

bre pleno —varios milenios más adelante— del cual apenas somos ridículos e imperfectos antecesores. Nuestro problema para entender esto consiste en que absolutizamos el inmediatezmo presentista, actitud del intelecto que nos obliga, a cada uno, a pensar que somos el centro del universo, que la evolución y la historia empiezan y terminan en nosotros.

Finalmente, y como secuela de lo anterior, debe decirse que el mestizaje, si fue un mal, es un *mal irreversible*. Aun cuando en fenómenos individuales puedan aceptarse algunos hechos al parecer involutivos, la realidad, y la realidad humana como conjunto, no padece la involución, no es sujeto de reversibilidad. El impulso evolutivo hacia adelante es irreversible. Los saltos y logros cualitativos de la especie humana tiran hacia mejor.

Estamos, pues, ante una *talidad* del mestizo gloriosa y poderosa. Gloriosa por lo que de fusión, síntesis y logros tiene; poderosa por lo que de fuerza y potencia posee de cara hacia los milenios que vienen.

A la hora de conmemorar los quinientos años, conviene entonces mirar hacia adelante y celebrar

el futuro, más que poner la mirada hacia atrás, lamentar y querer volver a un pasado irreversible.

Es necesario que, de la lección de la historia se aprenda que, en el proceso de evolución hacia una humanidad alta y universal, deben buscarse nuevas y civilizadas formas de interpretación de talidades; pero es necesario que se entienda, también, que el impulso evolutivo de la realidad tira hacia un alto futuro de luz, hacia una plenificación de la vida que Claudia Lars expresó así:

*Los que quisieron desbordar su pecho
para decir las cosas inefables;
los que olvidaron su aventura de olas
en una arisca tierra de volcanes;
los que fueron —con pájaros ocultos—
por los caminos del judío errante;
en mi entraña recogen fuego y hielo,
en mi frente congregan sus edades,
y empujan en mis labios lo que digo
para que sea pleno y palpitante.*

F. A. E.

